

"THE TIMES" EN PELIGRO

LORD Roy Thomson ha sido terminante: «O el "Times" consigue equilibrar su balanza en mil novecientos setenta y uno, o me verá obligado a tomar las medidas pertinentes. No pretendo lucrarme con el "Times", pero tampoco quiero arruinarme por su culpa». ¿Qué puede ocurrir si el equilibrio a que alude mister Thomson no llega a producirse? Este no ha querido ser más explícito sobre sus intenciones, pero es fácil imaginar que está dispuesto a venderlo si encuentra comprador. Si no, lo cerrará. En 1971 veremos si un periódico, que todo el mundo en Inglaterra (y especialmente los que no lo leen) considera como el mejor del país y uno de los mejores del mundo, acabará como tantos otros periódicos ingleses desaparecidos en los últimos años: el «News Chronicle», el «Star», el «Daily Herald», el «Reynold News», el «Sunday Dispatch». O si, siguiendo los pasos del «Sun», tendrá que vulgarizarse. Lo que sí es seguro es que los ingleses no seguirán disfrutando por mucho tiempo de ese producto llamado «The Times».

No cabe duda de que el prestigioso diario de Printing House Square ha defraudado grandemente a su propietario, Roy Thomson, que cuenta actualmente setenta y cinco años. Cuando hace tres años compró el «Times», el magnate canadiense era ya propietario de numerosos periódicos de Gran Bretaña, Canadá y otras partes del mundo. Poseía ya un dominical inglés, el «Sunday Times», que cuenta con el mismo público, intelectual y sofisticado, que el «Observer» (y una mayor tirada). Pero el rico canadiense consideraba que en su colección faltaba la «pieza» de mayor prestigio.

Una pinta de cerveza

Cuando la familia Astor, propietaria del «Times», trató de desembarazarse del periódico, que llevaba ya cierto tiempo atravesando dificultades, Thomson se apresuró a adquirir el «Times» y se lo regaló al hijo por su cum-

pleaños. El «Guardian», rival directo del «Times», comentó irónicamente: «Saludamos al periódico ciento cuatro de Thomson».

El industrial se apresuró a precisar que la anexión del «Times» a su «escudería» de papel impreso no tenía finalidad comercial alguna. Juró a la comisión de los monopolios que el «Times» conservaría su carácter de institución cultural-educativa, que seguiría siendo un soporte del «establishment», el periódico de la «top-

people», de la gente bien situada en los centros del poder. No pensaba sacar beneficios del «Times»; por el contrario, si fuese preciso, lo financiaría con el activo del «Sunday Times».

«Un matrimonio natural», escribía satisfecho el «Times» en un editorial de aquellos días. En años sucesivos, sin embargo, el «Times» ha mostrado una fuerte tendencia a asumir en el imperio Thomson no tanto el papel de la mujer sabia y ahorradora cuanto

el de la amiga extravagante y pródiga.

Lord Thomson es un hombre que en la calle no llamaría la atención de la gente, pero se vuelve impresionante cuando lee las más abstrusas columnas de cuentas con la rapidez de un computador. Le resultó, pues, fácil calcular que, para llevar al «Times» a un nivel de autosuficiencia, tendría que gastar un millón de esterlinas anuales durante tres años. Pero se ha gastado cinco. Es verdad que si el año pasado el «Times» costó dos millones de esterlinas, el año que viene costará la mitad, y los directivos consideran que es un buen progreso.

Pero Thomson sigue aferrado a su opinión negativa. «No niego el haberme comprometido a gastar hasta diez millones de libras para salvar el "Times" —ha dicho el magnate—. Pero esto no significa que acepte ir a la quiebra. Acepto sacrificios enormes siempre y cuando estén justificados por progresos concretos y perspectivas de éxito».

En Fleet Street han ironizado sobre el hecho de que el «Times» haya lanzado recientemente un ambicioso suplemento económico, el «Business Week», y que, sin embargo, no pueda superar sus propios problemas económicos. No obstante, al viejo periódico se le podrá reprochar una contabilidad bastante vaga, pero en ningún caso una falta de espíritu periodístico. La noticia de la alternativa propuesta por su propietario ha sido una «exclusiva» a la que no ha renunciado y que ha publicado con un editorial en el que encuadra las dificultades del «Times» en el marco general de la industria periodística inglesa.

En síntesis, el «Times» ha confesado que ha sufrido más que los otros periódicos el «aplastamiento» económico laborista, porque, como periódico de calidad, con una circulación limitada al vértice de la pirámide social inglesa (venden 400.000 ejemplares diarios y se calcula que tiene un millón de lectores fijos), sus ingresos proceden casi únicamente de la publicidad. Atacar la publicidad mediante una política económica que deprime el mercado

Por FRANCESCO RUSSO



«The Times»: Todos en Inglaterra (especialmente los que no lo leen) lo consideran el mejor periódico de Gran Bretaña y del mundo...



La sede del «Times» en Printing House Square. No se vislumbra el más mínimo signo de agitación a través de sus severas fachadas...

Lord Thomson:
«O el "Times" consigue equilibrar su balanza en mil novecientos setenta y uno, o me verá obligado a tomar las medidas pertinentes».



El diario más prestigioso de Inglaterra tiene un año de plazo para equilibrar su déficit

interior significa herir de muerte al «Times». Al mismo tiempo, ha habido un aumento en los costes de producción (papel, salarios, etcétera) y de distribución. El «Times» dice también en su editorial: «Los periódicos, en Gran Bretaña, han sido siempre una mercancía barata. En 1900, el precio de un ejemplar del "Times" superaba al de una pinta de cerveza. Hoy en día es inferior al de un tercio de pinta de cerveza. El coste de producción de un ejemplar es más o menos de dos chelines y medio (unas diecinueve pesetas), pero su precio de venta es de ocho peniques (aproximadamente, cinco pesetas). En otros países los periódicos son vendidos a precios más ajustados a su coste de producción».

Denis Hamilton, ex reportero y ex director del «Sunday Times», nombrado por Thomson «superdirector» de la pareja «Times»-«Sunday Times», ha tratado de desmentir las previsiones más alarmistas. Sin embargo, el mensaje no ha podido ser más claro: en 1971, William Rees Mog, cuarenta y un años, antiguo subdirector del «Sunday Times» y actual director del «Times», tendrá que reducir gastos. Para el «Times» empieza, pues, un período de austeridad; es decir, de camino hacia la mediocridad. «Dios

nos salve —murmuran los del «establishment»— de un "Times" con fotografías de muchachas en minifalda».

Naturalmente, no se vislumbra el mínimo signo de agitación a través de las severas fachadas de Printing House Square, un ambiente que, a pesar de su modernidad y su ubicación a los márgenes de una de las más despreciadas y agresivas industrias inglesas, la periodística, consigue conservar una calma claustral. El «Times» ha parecido siempre una contradicción, un desafío a Fleet Street y al mundo moderno en general. Este periódico expresa todavía el espíritu iluminista del siglo en que nació, espíritu que ha enriquecido con el arrojo reformista del Ochocientos inglés; en la actualidad sigue practicando una especie de periodismo cultural, a veces contemplativo, aristocráticamente ignorante de brutales realidades concretas. Con esta fisonomía, el «Times» es apreciado por muchos ingleses, pero irrita también a muchos. Irritó, hacia principios de este siglo, incluso a uno de sus propietarios, lord Nothcliffe, que llamaba a los editorialistas de su periódico «monjes negros» (por el nombre del puente Blackfriars, junto al cual se levanta el edificio

del periódico) y tenía la intención de poner en el portón del periódico la siguiente inscripción: «Dejad, los que aquí entréis, toda esperanza».

El abrazo de Wilson

Para dar una idea a los profanos de la atmósfera del «Times» se han vertido ríos de tinta, pero las anécdotas más divertidas son las escritas por el humorista Claud Cockburn, ex redactor del periódico.

Cockburn cuenta que el día en que por primera vez entró a la redacción se encontró en una habitación con dos periodistas que en vez de trabajar pasaron la tarde discutiendo si el griego o el chino era la lengua más adecuada para la comunicación filosófica. No lejos de ahí, otro redactor estaba traduciendo la «Recherche», de Marcel Proust. Durante una crisis europea bastante grave, Cockburn fue enviado a la biblioteca del Ateneo para que comprobase la caligrafía exacta de Kuala Lumpur. Cuando, corresponsal en América, consiguió una entrevista con Al Capone, el director le ordenó que no hablase con el gangster de criminalidad para evitar más daños a la imagen pública de América. Cock-

burn habló con Al Capone de política, pero la entrevista no fue publicada porque las ideas políticas del criminal eran demasiado similares a las del periódico londinense.

¿Quién lee el «Times»? El setenta por ciento de las personas que figuran en el «Who's Who». El porcentaje de lectores del «Times», según profesiones, es, más o menos, como sigue: El 70 por ciento de los docentes universitarios, el 79 por ciento de los hombres de negocios importantes, el 1,85 por ciento de los altos funcionarios estatales, el 71 por ciento de los políticos de primer plano, el 1,85 por ciento de los «managers» y el 1,85 por ciento de los políticos afirmados. Hace algunos años, el «Corriere della Sera» propuso una colecta para salvar al «Times», pero lo más probable es una intervención del gobierno. Es verdad que entre las glorias del «Times» está un director, Barnes, que en 1820 consiguió salvar al periódico de los tentáculos del gobierno. Pero es posible que en 1970 el abrazo de Wilson fuese menos sofocante que el de Thomson, aunque el director del «Times» tuviese que contentarse, como hacía Barnes, con cenar en su oficina un plato de callos. ■ F. R. © L'ESPRESSO-TRIUNFO.